colección
ESTRELLA NEGRA

Julián Ibáñez

Todas las mujeres son peligrosas

A veces tratar de corregir un error es el mayor de los errores; sobre todo si lo que nos mueve es conseguir a una mujer, una mala mujer. Por algo muerte se escribe en femenino.

Editorial Cuadernos del Laberinto

colección
ESTRELLA NEGRA

Julián Ibáñez

Todas las mujeres son peligrosas

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº7—
MADRID • MMXV

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Idea y dirección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Zastolskiy Victor (shutterstock)
Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Febrero 2015
I.S.B.N: 978-84-943165-0-0
Depósito legal: M-6801-2015
Impreso en España.

www.cuadernosdelaberinto.com

Las chicas me miraban al pasar y los tíos nunca lo hacían, fingiendo que lo estaban pasando en grande porque habían pagado para ello. Las llevaban por la cintura como si acabaran de ganarlas en una tómbola, riéndose los dos.

Nunca me habían dirigido la palabra. Me refiero a las noches del viernes y sábado sentado en aquella silla a la entrada del pasillo. Ningún saludo, ninguna mirada, no me veían porque un tipo sentado en una silla era invisible para ellos. Por eso me quedé sorprendido cuando aquel fulano se detuvo para sacar la cajetilla y preguntarme cómo me iba la vida. Mientras le contestaba que muy bien, encendió el pitillo.

Lucía un corte de pelo de los caros, con patillas chuleta de cordero. El traje era a medida y el nudo de la corbata estaba tan derecho y apretado como cuando su mujer se lo había hecho por la mañana. Las patillas no hacían juego con el traje y la corbata.

Había utilizado uno de esos pesados mecheros dorados, había dado una calada y, mientras echaba el humo, juntó los ojos para mirar la brasa, enseguida dio otra calada porque esta le había convencido y entonces me miró y cabeceó afirmativamente.

Yo tenía la radio puesta, como casi siempre, aunque nunca la escuchaba, no me interesaban los programas de noche, tampoco los de día, solo la oía para sentirme acompañado, pero había elevado el tono e inclinado un poco la cabeza porque una tía estaba contando que todas las noches el rey de la casa le sacudía la badana, solo porque sí; la locutora insistía en que lo denunciara, que le arrojara pimienta a los ojos, o que

se asomara a la ventana pidiendo socorro, pero la tía replicaba, con voz trémula, que ni se le pasaba por la cabeza porque se quedaría sin lo bueno que venía después.

Acababa de hacer mi ronda de las doce. Había recorrido las dos plantas sin encontrar nada fuera de lo normal, porque lo único excepcional estaba ocurriendo a diez metros de la silla en que me sentaba.

Aquella noche teníamos tres partidas, unos veinte clientes en total y diez o doce chicas. Yo no estaba autorizado a entrar en las habitaciones de las partidas, nadie lo estaba, solo las chicas y uno de los camareros cuando se requería su servicio, pero sí estaba autorizado a abrir un poco la puerta y echar un vistazo para comprobar que todo iba bien. Veía a los tíos en mangas de camisa envueltos en humo, con un vaso en la mano y con los dedos de la otra mano martilleando las cartas, o debajo de la mesa deshaciendo un peinado.

Ya he dicho que yo era invisible, los fulanos cruzaban a mi lado sin verme, sin darme las buenas noches, aunque a veces regresaban y me preguntaban dónde coños estaba la salida, o el camino para regresar a la partida. Las chicas sí se detenían a hablar conmigo de vez en cuando, nunca con un cliente del brazo, para cruzar solo un par de frases porque tenían prisa para largarse a casa.

Cuando el tipo apareció, ya de regreso, calculé que había estado con Virginia unos veinte minutos. Era poco tiempo y aquello podía haberme alertado, había tipos que no aparecían hasta las siete de la mañana, era de suponer que se quedaban dormidos con los pantalones a medio bajar y las chicas aprove-

chaban para revisar su cartera y luego dar una cabezada de cara a la pared.

Le calculé por la primera mitad de los cincuenta, era uno de esos fulanos bien alimentados, tan alto como yo y sin ningún aspecto de tener que sacar la cartera para conseguir una chica, y todavía menos la necesidad de sacudirla con los puños. Era bien parecido, un fulano guapo y limpio. El traje, la camisa blanca y la corbata granate de seda lucían impecables. Me vino a la mente una novia al pie del altar con el anular extendido. Tenía ese aire de los fulanos a los que han puesto una corbata a los siete años y ya no se la han quitado. Salvo por las patillas.

Yo había respondido a su saludo sin levantarme de la silla, nadie me había dicho que tenía que hacerlo. No parecía tener prisa, así que me había ofrecido la cajetilla después de encender su pitillo, Marlboro, aunque lo mío era Ducados Especial. Sacó el mechero de nuevo y me dio fuego. Fue entonces cuando me llamó la atención la sortija en el meñique de su mano izquierda, con una piedra diminuta, porque no hacía juego con su traje ni con la corbata de seda, pero sí con las patillas. Y se puso a charlar, sobre nada, sobre que no era fácil dar con el club, o que por aquella zona se circulaba mejor. Nada sobre Virginia. Creí que estaba haciendo tiempo esperando a que la chica se lavara, aunque no dirigía miradas hacia el pasillo, como si se hubiera olvidado de ella.

Luego me acordé de que sí había mirado hacia el pasillo, o hacia la puerta de la habitación, una sola vez, incluso se quedó con la mirada puesta allí durante unos segundos, como si le extrañara la tardanza de la chica; creo que fue entonces cuando dijo aquello de que los hombres somos como los galgos,

nunca atrapamos a las chonis («chonis», fue la palabra que empleó), corremos detrás de ellas pero ellas corren más que nosotros. No comprendí entonces qué había querido decir, en realidad no le presté demasiada atención. Cuando llevaba fumado medio pitillo, lo aplastó en el cenicero y se largó sin volver la mirada de nuevo hacia el pasillo ni despedirse.

Pensé que si había estado en el paño había sido por poco tiempo, como una hora, o incluso menos. Quizás no le gustaba jugar, o le urgía quitarle la ropa a una chica. Había estado con Virginia unos veinte minutos y, como tenía pinta de tener los bolsillos llenos, yo había pensado que podía significar un billete pequeño para mí solo porque le había respondido cuando me había preguntado cómo me iba la vida. Por lo que, cuando dejé de verle, la única conclusión que había sacado era que entendía poco de galgos porque, si yo no estaba mal informado, siempre cogían a la liebre, lo había visto en la televisión, o me lo había comentado mi proveedor de bolas rojas, indicándome con la barbilla a un galgo durmiendo en el corral.

Virginia era de las que se pasaban de tragos y se quedaban dormidas. Ninguna de las dos cosas le gustaba a Saritos, así que yo las dejaba dormir y luego les pasaba una toalla húmeda por la cara para que se despejaran lo suficiente para coger el volante y largarse a casa. Con Virginia me había sucedido dos o tres veces, se había limitado a darme las gracias y un beso rápido en la mejilla, nada de pasarme un billete porque en realidad yo estaba haciendo mi trabajo.

Esperé como unos diez minutos y al fin apagué la radio, me levanté y fui a la habitación.

Entré sin llamar porque ya había intuido que algo no iba bien, y la puerta entornada había acentuado esa sensación. Y acerté. En mi mente se había proyectado una habitación desordenada, con los muebles volcados, la ropa por el suelo repleto de clínex arrugados, pero me encontré con todo lo contrario: la cama sin deshacer, la silla junto a la pared, el pequeño tocador con las toallas plegadas, la banqueta con el asiento de terciopelo granate en su sitio, las dos alfombrillas… La cama sin deshacer fue lo primero que me alarmó. Veinte minutos en aquella habitación y no habían deshecho la cama. Todo lo demás estaba donde debía estar, salvo Virginia que estaba en el suelo, boca abajo, entre la cama y la pared.

Lo primero que pensé fue que estaba tan cargada que no había logrado encaramarse a la cama. Pero no me lo había parecido cuando había cruzado a mi lado, además estaba vestida, con la falda levantada por encima de la cintura y las bragas puestas. Me acerqué, le di la vuelta y la encontré con buena parte del lado derecho del rostro ensangrentado, tanto que de no saber que era Virginia no la habría reconocido, y con los ojos entrecerrados. No los movía, tampoco pestañeaba, por lo que estuve seguro de que no me veía, de que no veía nada, incluso sufrí un escalofrío pensando que podía estar muerta.

No se apreciaba ninguna otra herida, salvo los brochazos de sangre en la cara. Deduje que solo estaba desmayada.

Cogí la almohada y se la coloqué debajo de la cabeza, también le bajé la falda. Luego puse los brazos en jarras y dejé salir

el aire con fuerza por la nariz, contemplándola sin pensar en nada pero con la sensación de que mi deber era atrapar una idea y desmenuzarla.

Vi al tipo ofreciéndome tabaco, dándome fuego, vi su corte de pelo a navaja, su traje gris, sus patillas y su sortija en el meñique de la mano izquierda como si hubiera olvidado quitársela antes de ponerse a jugar con un niño. Le escuché decirme que los galgos siempre atrapaban a la liebre. Le vi volviendo la mirada hacia la habitación donde había dejado a Virginia y también alejándose por el pasillo. Me esforcé en verle quitándose la chaqueta, golpeándola con los dos puños y poniéndose de nuevo la chaqueta porque pertenecía a esa clase de fulanos que sin chaqueta se sienten desnudos.

Todavía salía un hilillo de sangre en el pómulo porque el corte era profundo. Otro corte en la ceja también sangraba. Eran las únicas heridas, dos cortes, y quizás un buen golpe en el pómulo izquierdo donde había un gran moratón con el centro de un blanco amarillento. Le había golpeado con los dos puños y a lo mejor había tenido una buena razón para hacerlo.

Las chicas suelen buscárselo, van por la vida como si lo hicieran en un balancín, a veces las tratas como mierda y se sientan sumisas en tu regazo, otras te olvidas de darles los buenos días y abren el cajón de los cuchillos.

Empapé una toalla y la apreté contra los dos cortes. Luego apreté su mano contra la toalla. Continuaba con los ojos entreabiertos pero sin verme. Había comenzado a respirar de forma esforzada. Puse de nuevo los brazos en jarras obligándome a pensar en algo, como que si no tendría algún hueso roto.

Todo estaba en su sitio: el vestidor, la silla, las alfombrillas, las dos lámparas… Estaba claro que no había habido pelea, que Virginia no se había defendido, seguramente porque no había tenido la oportunidad de hacerlo, tampoco había gritado, aunque a lo mejor sí lo había hecho cuando yo estaba escuchando a una maruja corriéndose pensando en una correa. Caí en la cuenta de que no haber oído la paliza era suficiente disculpa para no haber intervenido. Una disculpa que Saritos no se tragaría. De nuevo me vino a la mente la imagen del tipo ofreciéndome un pitillo con la palabra «idiota» lanzando destellos. Me invadió una sensación de derrota: Bellón, el gilipollas. Apreté los puños y busqué un rival invisible en un ring inmenso. Pero mis piernas eran de algodón y no tenía a nadie a quien golpear. Sin embargo las gradas estaban repletas y mil rostros me contemplaban en silencio.

La cubrí con la colcha y salí de la habitación.

Recorrí todo el club. El tipo se había largado. No se encontraba en ningún salón, ni en ningún tapete porque no le habrían dejado ocupar de nuevo la silla, o le habrían hecho esperar. Tampoco en la barra del pequeño bar de la segunda planta. Salí al aparcamiento de clientes y eché un vistazo, pero desconocía el modelo de su coche y no se veía a nadie por allí. Al entrar me encontré con Segura, el portero, que acababa de llegar.

—¿Dónde estabas? Un fulano —improvisé—. Traje gris. Unos cincuenta. Necesito saber qué conduce.

Podía tratarse de un cliente del que no me fiaba y no iba a darle explicaciones. No se me ocurría otra cosa. Segura ni se molestó en mirar hacia el aparcamiento, mis palabras habían cruzado su cerebro sin detenerse.

—Por aquí no ha pasado —me contestó mirándome a los ojos, retándome a que le oliera el aliento porque su ocupación favorita era apurar los vasos de las bandejas.

—A lo mejor todavía no ha salido, aunque me dijo que se iba. Un Boxter o un Insignia… algo así.

Continuó mirándome durante otro par de segundos, rubricando su respuesta. No era el momento de pelear con él, le jodían los tipos que en una noche nos metíamos en el bolsillo su nómina de una semana. Era uno de esos tipos que creen que lo saben todo, fuerte, pero con demasiada barriga, poco pelo y narpias de bebedor. Le di la espalda y regresé donde Virginia.

No se había movido, continuaba al pie de la cama, con los ojos ahora cerrados, pero plácidamente, como si se hubiera dormido. Ya no se apretaba la toalla contra la cara pero ésta no se había caído.

La cogí en brazos y la eché sobre la cama. Retiré la toalla. Las heridas ya no sangraban, pero aquella parte del rostro se había hinchado, el parpado no se había cerrado del todo y la hinchazón había dejado una pequeña ranura, se apreciaba el brillo del globo ocular que no vería nada porque parecía desconectado. No se había quejado cuando la había levantado así que no debía tener ningún hueso roto. Seguramente el fulano le había cortado el pómulo con la sortija, una sortija que no hacía juego con su traje y su corbata. Me llamaba la atención que la hubiera golpeado con los dos puños, algo que podía significar furia, saña.

Empapé de nuevo la toalla, la coloqué sobre los cortes y puse su mano encima. Luego salí en busca de la jefa.